

# SOLDADOS Y MONTONEROS

Alberto Flores Galindo

*Este artículo forma parte de la obra inédita del mismo autor **Buscando un Inca**, recientemente galardonada con el premio Casa de las Américas de Cuba. Nuestra revista hace llegar sus congratulaciones a su distinguido integrante, Dr. Alberto Flores Galindo por su meritísima labor de investigación historiográfica y su contribución al conocimiento de nuestra realidad.*

**D**urante la independencia la utopía andina no estuvo ausente en el discurso criollo, pero así como las masas campesinas no tuvieron una intervención multitudinaria, los incas fueron reducidos a ciertos tópicos e imágenes. Se los invocaba como un pasado del que los militares criollos se imaginaban continuadores. La vuelta del inca termina confinada a los espacios rurales: idea subterránea y clandestina, confundida con el folklore de los pueblos o con los sordos temores de los blancos.

Entre 1820 y 1824, en el territorio peruano se enfrentan realistas y patriotas. Mientras los primeros se repliegan y fortalecen en el sur andino, la independencia consigue propalarse con una rapidez que sorprende incluso a los más optimistas, a lo largo de toda la costa norte. Se invierte la geografía política del país. Antes el sur había sido el escenario rebelde, mientras las fuerzas del orden disponían de una retaguardia segura en el norte. Fue así en 1780 y después de 1814, cuando desde el Cuzco se organizaron tres ejércitos de insurgentes que marcharon en dirección de Ayacucho, La Paz y Arequipa. Seis años después la situación había variado. Algunas explicaciones podrían encontrarse en el desgaste que acrearon las derrotas y en el deterioro económico regional. Lo cierto es que norte y sur —en alguna medida costa y sierra— obedecían a ritmos políticos diferentes como se confirmaría durante las guerras de la independencia e incluso años después, cuando el proyecto de la Confederación Perú Boliviana sea admitido en Arequipa y Cuzco, pero rechazado en Lima y Trujillo.

Entre los dos espacios contrapuestos, en 1820 la sierra central se convierte en el escenario natural cuyo dominio decidirá el curso de los acontecimientos. El viajero Proctor, sin ser demasiado suspicaz, había observado que esa era "... el punto central excelente para amenazar a Lima y defender el Cuzco". El valle del Mantaro, con sus 100,000 hectáreas, era el granero de la capital. Pocos años atrás, las minas que lo rodeaban hacia Pasco y Lima, habían sostenido las arcas coloniales: de allí procedía 60% de la producción minera en 1799. Finalmente por el valle pasaba la extensa ruta que vinculaba al Pacífico con el Atlántico, es decir, Lima y Buenos Aires: arrieros y recuas formaban parte del paisaje local. Todo esto contribuyó a una prematura "urbanización". Pero a diferencia de la costa central, más

que una gran metrópoli, lo que encontramos es una diversidad de medianos centros poblados como Reyes, ahora Junín, con 4,000 habitantes; Huancayo con 8,000. Jauja, con 10,000 y Cerro con una población que fluctuaba entre los 4,000 y 6,000 habitantes. En estos centros poblados cualquier viajero podía observar rasgos de un desarrollo mercantil y una precoz actividad artesanal. Investigaciones posteriores, como las que en tiempos diferentes emprendieron José María Arguedas o Nelson Manrique, confirmaron la imagen de un valle abierto a todos los intercambios: las ferias de lejano origen colonial son otra evidencia (1).

Este fue el escenario de seis campañas militares: primero, la incursión de Arenales; luego, las marchas de Ricafort; al poco tiempo vuelve a la carga Arenales, después el virrey La Serna recorre en dos ocasiones la comarca y finalmente las tropas bolivarianas, por Huaylas, penetran al valle para enfrentarse con los realistas en Junín. El ejército libertador, en agosto de 1824, fue calculado en 6,800 soldados. Los realistas, en alrededor de 7,000. Cifras poco impresionantes si se los compara con los ejércitos napoleónicos, pero desmesuradas en relación a la densidad demográfica de la sierra central. Esos soldados constituían verdaderas poblaciones ambulantes. Tenían que alimentarse: con un ejército improvisado y un país en ruinas esto fue forzosamente sinónimo de saqueo.

La apropiación de ganado, destrucción de haciendas, asalto a las poblaciones fueron espectáculos frecuentes durante esos años. Práctica habitual de uno y otro bando. Pero para entender este rasgo de la guerra, convendría añadir que estos ejércitos tienen una estructura peculiar: al lado del soldado aparece la tropa irregular. Se trata de incorporar a la población en favor de uno u otro contendor. Las expediciones de Arenales no tuvieron otro propósito que sublevar a los pueblos para perturbar la retaguardia realista. Pero no se busca una participación masiva e incontrolable que repita en el Mantaro las masacres del sur andino: 1780 y 1814 mantienen un recuerdo demasiado fresco. La fórmula ideal resulta organizar bajo dependencia del mando militar patriota, grupos armados vinculados a las autoridades locales. Serán esos guerrilleros que intervienen en Junín y desde mucho antes, hostigando los movimientos realistas. En réplica, éstos también buscan formar otras "partidas de guerrillas". La independencia, en la sierra central, asume rasgos de guerra civil.

Junto a la guerrilla, de manera autónoma, aparecen espontáneamente tropas mal armadas, vinculadas a los campesinos de la región, aunque reclutadas particularmente entre arrieros, vagabundos y jornaleros de las minas. Atacan en desorden. Carecen de mandos definidos. Se visten de cualquier manera. Improvisan todo, hasta el armamento. Reciben el nombre de montoneros: marchan en "montón". Hay montoneros patriotas, pero también realistas. Otros, confundidos con el bandolerismo, viven del saqueo y al revés, algunas montoneras surgen para proteger a sus pueblos de eventuales saqueadores.

El saqueo fue una práctica inaugurada por San Martín desde su desembarco en Pisco: en la vecina hacienda Caucato, mientras enrolaba a 200 esclavos, se apropió de unas 30,000 arrobas de azúcar. Pero el ejército libertador, aunque formado por chilenos y argentinos, no es visto como extranjero por una población peruana que en cambio manifiesta animosidad creciente contra los españoles. Aumentan las deserciones entre los soldados realistas y sus oficiales no desconfían únicamente de los europeos. El dominio de los "chapetones" sobre la sierra central reposa, cada día, a partir de 1820, en una violencia más evidente. Un testigo envía desde

Huaral una carta al general Arenales sosteniendo que "... una guerra de montoneros dirigida por hombres activos son capaces de concluir en un mes con el mejor ejercito" (2). No exageró demasiado. La falta de colaboración local hace que el saqueo sea una práctica más frecuente (aunque no exclusiva) en las huestes del virrey. Cuando La Serna se retira de Lima a Jauja, en la quebrada de Laraos, sus tropas sacrificaron siete mil carneros de la hacienda Huarca, incendiaron y destruyeron la casa del propietario y requisaron "la mayor parte de las cosas sagradas" de la capilla (3). Los españoles se exasperan ante la facilidad como es proclamada la independencia en los pueblos del valle del Mantaro. Imaginan que para detener a las guerrillas y montoneros patriotas la mejor arma es el terror. En el bando realista, el saqueo se convierte en exterminio. Carratalá comienza a fusilar a cualquier sospechoso y arrasa con pueblos enteros. En diciembre de 1821 dictamina, por ejemplo, que Cangallo sea "... reducido a cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos. . ." (4). Para él, como para otros generales realistas, los patriotas eran un conjunto de hombres sin virtudes y extraídos de la hez social.

Aunque Fernando VII había admitido la condición de beligerante a los patriotas, con lo que les concedía ciertos derechos, parece que en la práctica continuaron considerados como insurgentes. Enrique Carrión, en páginas de impecable erudición, ha trazado la biografía de este vocablo. La historia de las palabras ilumina la historia mayor de una sociedad. El término insurgente nació en 1776, en lengua francesa, para denominar a los norteamericanos sublevados contra el gobierno inglés. Tempranamente pasó al español cuando en el Perú de 1780 se requirió de un término suficientemente execrable para referirse a Túpac Amaru y a sus seguidores: querían significar con su uso que ellos eran rebeldes, traidores, apóstatas y que estaban, por lo tanto, excluidos de cualquier consideración (5). Podían ser computados y ultimados a discreción. Se les negaba alguna motivación política. (Actualmente, en el Perú, se podría trazar la historia similar del término terrorista, en sustitución de guerrillero, pero con idéntica finalidad que insurgente).

En respuesta, los patriotas recurrieron a otros términos: godo, chapetón, peninsular, realista pero el más agresivo fue calificarlos de "sarracenos". es decir, moros, lo que equivalía a una combinación de extranjero con hereje. Se advierte un cierto nacionalismo pero también resonancias que vienen de muy atrás. Recordemos a esas peleas entre moros y cristianos o al Santiago matamoros de la conquista. En Moquegua, en 1820, en unos pasquines realistas imitando a los patriotas se interrogaba "Donde nos iremos / huyendo de la ira / de estos sarracenos / que no tienen pía" (6). Sarraceno parece significar también violento y salvaje.

Los montoneros —imprescindibles en la victoria patriota— no provenían, como es evidente, de las capas más altas de la sociedad colonial. Camino a Cerro de Pasco, por la ruta de Canta, el viajero Proctor se encontró con uno de ellos: "vestía tosca chaqueta amarilla y morrión, con pantalones largos que llegaban mucho más abajo de las botas" (7). Le pareció un indio, aunque lo más probable es que se tratase de un mestizo. El montonero, al parecer, decide no atacarlo sólo después de constatar que no es español. Pero la mejor descripción de estos montoneros andinos se la debemos a Miller, general inglés al servicio de los patriotas. Los observó en la misma pampa de Junín: "Unos estaban montados en mulas, otros en caballos, algunos llevaban gorras de piel de oso, otros cascots, otros morriones, y muchos tenían sombreros gachos de lana de vicuña; algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaba plumaje. Sus trajes no eran menos variados; chaquetas

de húsar, casacas de infantería y pellizas encarnadas, quitadas a los realistas muertos, estaban entremezcladas con uniformes patriotas (. . .), pero todos estaban uniformados de una prenda. Cada individuo tenía un poncho, que llevaba en la forma usual, o liado alrededor de la cintura, en forma de faja, o colgado fantásticamente del hombro; tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas eran las armas con que el azar había armado ya a uno, ya a otro de ellos. . ." (8). Todos eran hombres de "a caballo".

Los montoneros formaban parte de un escenario, el valle del Mantaro, donde los campesinos no permanecían atados a tierra. Poseían sus parcelas. En los mercados locales podían comprar y vender sus productos. Con las mercancías provenientes de Lima o Buenos Aires llegaban las noticias o las novedades culturales. La alfabetización fue otro rasgo de esta región mestiza. El valle produjo un tipo social característico: el arriero, ". . . medio aventurero, medio trajinante" (9). En este medio encontraron eco las proclamas patriotas que en la voz de Arenales anunciaban la supresión del tributo la expulsión de los españoles y la lucha por la libertad.

Los patriotas advirtieron rápidamente la veneración que los hombres andinos profesaban hacia su pasado. Para Miller, en muchos pueblos, todavía se llevaba luto por los incas. La versión sería después recogida por otros viajeros. En el periódico de campaña *Los Andes Libres* se plantea la guerra nuevamente como una lucha para terminar con las desgracias comunes que afligen a criollos e indios. Prolongando la retórica del siglo anterior, el redactor argumenta que los males del Perú se pueden remontar a la decapitación en la Plaza de Armas del Cusco del "inocente príncipe Túpac Amaru, heredero legítimo del imperio" (10). Este príncipe fue el último inca de Vilcabamba. Reaparece el tema de la restitución y legitimidad monárquica. En Jauja, en 1822, guerrilleros y montoneros proclaman combatir "a nombre de su padre el Inca" (11).

El ejército libertador fue puesto bajo la advocación de Santa Rosa. El culto a esta santa había llegado hasta el Río de la Plata: el congreso de Tucumán tuvo una imagen suya en la sala de sesiones (12). En Lima, cuando ingresan los patriotas a la ciudad, encontrarán a más de una persona que les habla de esa profecía según la cual, después de dominar los monarcas españoles tanto tiempo como habían reinado los incas, el cetro volvería a las manos de éstos.

En 1820, el viajero inglés William Bennet Stevenson pasa por Huacho y observó la vigilancia que en esa localidad y en los pueblos cercanos tenían la memoria y el recuerdo. Todos los años, en determinada fecha, se representa el degüello del Inca por Pizarro: ". . . el total es como una escena de pena y desgracia; y nunca la he presenciado sin mezclar mis lágrimas con las de ellos. Las autoridades españolas han tratado de prohibir esta exhibición, pero sin resultado, a pesar que se dieron varias órdenes reales para ello" (13). No se trata de un recuerdo alegre; los rasgos dominantes son el recogimiento y la tristeza.

Cuando Bolívar llega al Cuzco, se deja envolver por el halo de leyenda que impregna a la ciudad: por el recuerdo del "dorado reino", donde ahora el sol está convertido en oro y los mismos Incas son virreyes y prefectos (14). Evoca casi enseguida dos textos: la "fábula" de Garcilaso y la destrucción de las Indias de Las Casas. Pero aparte de cartas o proclamas, Bolívar redacta decretos. En uno de ellos

suprime definitivamente el título de curaca, transfiriendo las funciones de estas autoridades a las que sean "nombradas por el gobierno central". La exaltación del imperio no le impide continuar la política borbónica contra la aristocracia indígena. Los Incas han sido transformados en seres de un pasado lejano, comparable a las divinidades griegas: hermosos y distantes.

Para los libertadores el pasado no tiene la misma vigencia que para los indios de Huacho. El Inca es una figura retórica. El pasado se confunde con la naturaleza. Se vuelve imágenes como los andes escarpados y sobre todo se encarna en el sol, que aparecerá frecuentemente en sellos y documentos oficiales. En junio de 1825, un pintor cuzqueño, Santiago Suárez, termina un lienzo inspirado en una composición alegórica: los símbolos de la libertad realizados en el gorro frigio, coronan un escudo en cuyo centro figuran los vencedores de Junín y Ayacucho, es decir los generales Gamarra, Lara, Córdoba a la izquierda, Sucre, La Mar, Miller a la derecha y en la parte central, Bolívar con pose napoleónica. Bajo el libertador, en un espacio claramente demarcado, aparecen la fortaleza de Sacsahuamán, el sol y a los costados, dos águilas con las alas abiertas encima de dos leones invertidos. Finalmente en la parte inferior, una colla y el Inca (15). Las águilas eran un símbolo imperial demasiado frecuente: recordemos el sueño de Lechuga en la conspiración de Aguilar y Ubalde. Pero interesa subrayar la difícil confluencia propuesta por Suárez entre el imperio y la república. Bolívar como un continuador de los Incas. Se omiten los tres siglos coloniales —período de obscuridad, horror y cadenas en los discursos patriotas— y se quiere unir al presente con las supuestas raíces nacionales.

Tema similar es el que aparece en una pintura de 1837 firmada por Marcos Chilli Tupa: la dinastía incaica culminando con la imagen de San Martín. En una colección privada británica existe otra dinastía similar que Teresa Gisbert fecha a comienzos del siglo XIX. Las investigaciones de Luis Eduardo Wuffarden y Gustavo Buntinx permiten suponer que el cuadro habría sido compuesto después de la independencia: cada Inca lleva en la frente dos plumas, que como las vestimentas que los cubren, responden a los colores rojo y blanco escogidos desde 1821 para los símbolos de la patria (16).

En la silenciosa disputa por el campo iconográfico, las élites republicanas habrían aspirado a incorporar como suyos motivos andinos. Años después, en un drama del escritor romántico Felipe Santiago Salaverry titulado *El pueblo y el tirano*, una multitud dirigida por un indio asalta el palacio virreinal en pleno siglo XVI y portando una bandera (17). En la ficción se encuentran el futuro republicano con el pasado imperial, mientras que en la vida cotidiana habrá que esperar hasta los primeros decenios de este siglo, para que los campesinos se reconozcan en el pabellón rojo y blanco. Desde los años 30 será un símbolo empleado con frecuencia en las movilizaciones populares. Los campesinos que marchan, a partir de 1945, a ocupar o invadir haciendas, irán siempre precedidos por banderas. ¿Tardía imposición criolla? La historia es algo más intrincada. Los colores rojo y blanco no fueron escogidos al azar. Ellos figuraban con frecuencia en las representaciones andinas: en los queros por ejemplo.

Durante las guerras de la independencia, la necesidad perentoria de movilizar a indios contra españoles explica el intento de trazar algunos puentes entre la vertiente occidental y la vertiente andina del Perú. Pero éstos no fueron suficiente-

mente sólidos y consistentes. El problema era derrotar a los españoles pero evitando la revolución social, que podría convertirse en una "guerra de castas". Aunque los montoneros aportaron con un estilo popular, se parecieron más al bandolerismo social (con sus rasgos individualistas) que a la intervención colectiva y espontánea de una sublevación campesina. Existía un miedo sordo, que los generales de Junín y Ayacucho no habrían admitido, pero que para cualquier foráneo resultaba demasiado visible. El viajero Alexander Caldclugh, en 1820, refiriéndose a indios y blancos decía: "No tenían intereses en común, apenas los ligaba un mal disimulado y mutuo odio y rencor. A veces la secreta murmuración se tornaba en rebelión abierta" (18). Recuerda las rebeliones que se han sucedido desde "la ejecución del caudillo" —es decir Túpac Amaru II— y cómo los españoles perdían muchos hombres en sus marchas militares cuando les lanzaban galgas y piedras desde lo alto de las montañas. Tiempo después, en 1841, otro viajero europeo, el suizo Tadeo Von Tshudi, recogerá una versión según la cual los indios todavía guardaban las armas empleadas en su lucha contra los españoles, esperando el momento adecuado para volver a emplearlas.

El discurso sobre los incas no anula los conflictos. Todavía en 1828 hay campesinos enfrentados con la República y que prefieren mantenerse fieles a la bandera del Rey. Fue el caso de los montoneros iquichanos organizados primero en 1780 para luchar contra Túpac Amaru y después movilizados bajo las órdenes de José Antonio Navala Huachaca para combatir a los hermanos Angulo (19). Los españoles harían de este indio quechua hablante un comandante de guerrillas. Su fama aumentó cuando el sur se vuelve retaguardia realista. Producida la capitulación de Ayacucho sigue combatiendo. Se hace fuerte en las alturas de Iquicha, marcha en dirección de Ayacucho, pero logra ser contenido sólo después de cruentos enfrentamientos (20). Seguirán peleando hasta 1839.

El historiador Lorenzo Huertas propone como explicaciones de esta rebelión a la actividad desplegada en la zona por un grupo de realistas, que luego de su derrota en Ayacucho se refugian en las punas. Ellos habrían movilizado a los indios recurriendo a la coerción, obligándolos a enrolarse por la fuerza y valiéndose también de los sentimientos religiosos, acusando a los patriotas de herejes o ingleses. En un manifiesto firmado por Navala Huachaca se proclama, en efecto, la defensa de la religión pero una lectura detenida en ese texto, invita quizás a una mayor prudencia al momento de interpretar esta rebelión. Más que defender al Rey, parece querer preservar la autonomía local. Curiosa alianza final entre españoles e indios, habitantes de Huanta y de las punas, para proteger supuestos intereses comunes: "por lo demás nosotros solicitamos lo mismo como bien entendido DE QUE SALGAN LOS SEÑORES MILITARES que se hallan en este depósito (sic), robando, forzando a mujeres casadas y doncellas, violando hasta los templos a más de mandones (. . .) viendo todo esto vuestra señoría determine y nos deje en paz, el comercio, que nosotros dentremos en libertad a nuestros comercios, nosotros nos mantendremos aquí para ver lo que vuesa señoría determine que no nos perjudique en nuestros comercios sin atrasar a ningún individuo si como los de Huanta, como los de las punas Y DE LO CONTRARIO SERA PRECISO ACABAR CON LA ULTIMA VIDA POR DEFENDER LA RELIGION Y NUESTRAS FAMILIAS E INTERESES ASI LO PROMETE EN NOMBRE DE TODOS Y DECIMOS". Firmado: Pablo Guzmán y A. Navala Huachaca (21).

Las montoneras conformadas inicialmente en función de los ejércitos en

pugna (patriotas y realistas), terminan adquiriendo autonomía y luchando por otros intereses: en Huanta primero estuvieron al servicio del Rey y luego terminaron defendiendo a esa región frente a las exacciones y abusos que podían cometer los soldados, sea cual fuere su bandera.

Estos acontecimientos han sido recordados recientemente cuando en esta misma región, en la localidad de Iquicha (comunidad de Uchuraccay) fueron asesinados ocho periodistas (enero, 1983); el hecho permitió descubrir que en su lucha contra las guerrillas de Sendero Luminoso, la policía y el ejército recurrían a procedimientos similares a los empleados por los realistas. Movilizar a indios contra indios. No les fue difícil, al parecer, encontrar colaboradores en Iquicha. Pareciera que tras estos acontecimientos se ocultan viejas rivalidades entre los agricultores y los pastores de las comunidades de altura. Luchas que en algunos relatos andinos se refieren bajo las figuras míticas de huaris y llacuaces. Los hombres sedentarios establecidos en fértiles valles abrigados, contra los trashumantes pastores que compensan su precariedad controlando las rutas y los pasos que comunican un valle con otro, dispuestos a guerrear en cualquier momento (22). Los comuneros del río Pampas frente a los pastores iquichanos: patriotas y realistas, respectivamente. Las opciones políticas se confunden con las rivalidades étnicas.

#### NOTAS

- 1) Arguedas, José María. *Estudio etnográfico de la Feria de Huancayo*, Cuadernos de Investigación, Universidad Nacional del Centro del Perú, 1977. Manrique, Nelson. *El desarrollo del mercado interior en la sierra central*, Lima, Taller de Estudios Andinos, 1978.
- 2) Vargas Ugarte, Rubén. *Historia General del Perú*. Lima, Milla Batres, T. VI. p. 98.
- 3) Beltrán, Ezequiel. *Las guerrillas de Yauyos en la emancipación del Perú*, Lima, 1977, p. 39.
- 4) Vargas Ugarte, Rubén. *Historia General del Perú*, T. VI, Lima, Milla Batres, 1971, p. 121.
- 5) Carrión, Enrique. "De la campaña verbal durante la independencia" en *Boletín del Instituto Riva Agüero*, No. 12, Lima 1982-1983, p. 45 y 55.
- 6) *Op. cit.* p. 57.
- 7) Proctor, *Relaciones de viajeros*, T. XXVIII, Lima, C.D.I.P., 1971 p. 303.
- 8) Miller, Guillermo. *Memorias*, T. II, Lima, Ed. Arica, 1975, p. 96-97.
- 9) Bernal, Dionisio. *La muliza*, Lima. Herrera Editoriales, 1978, p. 93. Para estos y otros temas en la historia de la sierra central es imprescindible consultar a Espinoza, Waldemar, *Enciclopedia departamental de Junín, Huancayo, Chipoco*, Editor, 1973.
- 10) *Los Andes Libre*, 31 de julio de 1821, Imp. Del Río, No. 2.
- 11) Piel, Jean, "Las guerrillas indienne dans les guerres d'indépendance du Pérou (1819-1824)" en *Actes du XLII Congrès des Américanistes*, Paris, 2-9 septembre 1979, vol III pp. 10 - 16.
- 12) Catanzaro, Tomás. "El incanato y Santa Rosa en el Congreso de Tucumán de 1816" en *El Comercio*, 9 de julio de 1964, p. 2.
- 13) Bennet Steveson, William. "Memorias sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú" en *Relaciones de Viajeros C.D. I.P. T. XXVII*, vol. 3o., Lima, 1971, p.
- 14) Villanueva, Horacio. *Simón Bolívar y el Cuzco*, Caracas, 1971, p. 30 y p. 40. Ver también "La idea de los Incas como factor favorable a la independencia", en *Revista Universitaria*, Cuzco 1958 no. 115, pp. 137-158.
- 15) Museo Virreinal del Cuzco. Casa del Almirante. La pintura ha sido reproducida por Teresa Gisbert en *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz, 1980.
- 16) Pintura reproducida por el Municipio de Lima. Las apreciaciones de Wuffarden y Buntinx son parte de una investigación todavía en curso. En 1829 se publicó el siguiente aviso en el *Mercurio Peruano*: "En la tienda del portal de botoneros no. 5 hay las más hermosas colecciones de papel pintado (. . .) los incas". Lima, 5, febrero de 1829, no. 442. Referencias proporcionadas por Juan Carlos Estensoro.

- 17) Porras, Raúl. *Tre ensayos sobre Ricardo Palma*, Lima, Juan Mejía Baca, 1954, pp. 39-40.
- 18) Caldolug, Alexander. "El Perú en vísperas de la jura de la independencia" en *Relaciones de Viajeros*. T. XXVII, vol. 1o., Lima, 1971, p. 186.
- 19) *Informe de la comisión investigadora de los sucesos de Uchuruccay*, Lima, 1983, pp. 47-48.
- 20) Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú*, Lima, Editorial universitaria, 1983, T. I, p. 201.
- 21) Huertas, Lorenzo. "Lucha de clase en Ayacucho 1700-1830" tesis de Bachiller, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1972, p. 88.
- 22) Duviols, Pierre. "Huari y Llacuaz. Agricultores y pastores. Un dualismo prehispánico de oposición y complementación" en *Revista del Museo Nacional*, Lima, T. XXXIX, 1973.

# revista andina

Director

Henrique Urbano

Centro "Bartolomé de Las Casas", Cusco, Perú.